

Atardecía en la sabana caliente. El día de Kibo había sido como el de cualquier rinoceronte. Había tomado el sol, había bebido agua de los charcos y había agitado la cola para espantar las moscas.



Como todas las noches, Kibo se sentó a escribir. Escribía sobre el cielo rojo de la sabana, las siluetas de los pájaros, el zumbido de los insectos. Tanto escribía que esa noche se dio cuenta de que había escrito un libro.



Desde las ramas de una acacia, la garza Naki lo había leído todo. Esa noche de luna redonda bajó del árbol y con su pico cosió todas las hojas del libro de Kibo y le puso unas tapas amarillas como la sabana.

